

El espíritu y la autoridad de los mártires*

Juan Hernández Pico, S. J.**

Mi insistente pregunta: ¿con qué pensamientos habrán vivido los mártires la inevitable cercanía de su propia muerte?

Muchas veces me he preguntado qué pensarían o qué se comunicarían entre sí los mártires de la UCA, mis hermanos jesuitas, cuando sintieron que los iban a matar. Al revés que de los mártires cristianos de los primeros siglos, no tenemos actas, en este caso, porque no hubo juicio y condena, y ejecución judicial. Pero sí nos han quedado algunos fragmentos atestiguados de lo que aconteció.

De Nacho (José Ignacio Martín Baró) sabemos —por un testigo fuera de toda sospecha, Lucía Cerna, que lo escuchó— que, al sentir los golpes sobre la puerta que daba a la Capilla de Jesucristo Liberador, fue a abrir a los soldados y les gritó lleno de indignación: “¡Esto es una injusticia! ¡Ustedes son carroña!”. Esa noche Nacho había hablado por teléfono con su hermana Alicia y le había dicho que estaban rodeados por el Ejército y “escucha, escucha, ¿oyes cómo suenan las bombas?”. Ella le preguntó cuándo se iba a terminar eso, y Nacho le contestó: “Tiene que haber muchas muertes, muchas muertes todavía”.

De Ignacio Ellacuría sabemos —por la declaración judicial de uno de los soldados asesinos— que se dirigió con calma, al menos exterior, a los que golpeaban la puerta de entrada a la casa junto a su cuarto y les pidió: “Espérense, ya voy a abrirlas. Pero no hagan ese desorden”.

La escena de cómo los encontraron al amanecer del día 16 de noviembre nos comunica que los soldados sacaron de la casa a cinco de los seis jesuitas y les ordenaron tumbarse boca abajo sobre la grama. Quedaba Joaquín López y López —“el tío Quin”—, el único salvadoreño de nacimiento, ya entrado en sus setenta y enfermo de cáncer, a quien no sacaron al patio los soldados porque no lo vieron cuando abrieron las puertas de las habitaciones. Se había escondido detrás de su puerta. Cuando escuchó el silencio inmenso, que siguió a los asesinatos después de que los soldados lanzaron llamas contra varios archivos y un retrato de monseñor Romero y

- * Ponencia presentada en el Segundo Congreso Continental de Teología, Fundación Amerindia, Belo Horizonte, Brasil, octubre 2015.
- ** Catedrático del Departamento de Teología, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), El Salvador.

dispararon al corazón de otro retrato del mismo Romero, salió al corredor, pero se encontró con los asesinos que le apuntaban y dijo: "No me vayan a matar porque yo no pertenezco a ninguna organización". Un soldado le disparó y un sargento lo remató ya caído en el corredor. De este sargento tenemos su testimonio. Mientras tanto, otros dos soldados escucharon gemidos en la habitación donde habían dormido esa noche la señora cocinera del teologado y su joven hija, porque en su casita junto al portón oriental de la UCA no habían podido conciliar el sueño la noche anterior, y dispararon mortalmente contra Julia Elba y Celina, cuando la madre intentaba cubrir a su hija¹. "Justo antes de que los asesinos empezaran a disparar, una vecina asegura haber oído una especie de cuchicheo acompasado, como salmodia de un grupo en oración"².

Pero especialmente me he preguntado sobre Ignacio Ellacuría. ¿Qué habrá pensado al intuir destruidos sus razonamientos para no abandonar su casa? Con sus compañeros había analizado la situación y había razonado que, después del cateo (registro) del Ejército en las oficinas del Centro Monseñor Romero, y en su propia vivienda sin haber encontrado armas ni ningún otro indicio de colaboración con la ofensiva del FMLN, estaban aún más seguros que antes. ¿Por qué "que antes"? Ignacio siempre había pensado que matarlo a él sería irracional porque dañaría mucho más la causa del mismo Ejército y de la derecha gobernante. Ya en su oficina la mañana siguiente al registro, el día 15, su asistente, Rolando Alvarado, joven jesuita nicaragüense³ que había vivido diez años antes la insurrección de Managua, se refirió al cateo y le dijo: "Eso se llama reconocimiento, ¿no debería usted irse a otro lado?". Pero Ignacio no quiso escuchar lo que llamó paranoia, y se mantuvo en su tesis: "Si ya vinieron, vieron que no hay nada"⁴. Ignacio Ellacuría, que había analizado con tanta precisión y lucidez políticas la situación de El Salvador tantas otras veces, e incluso las propias amenazas contra él —que lo habían llevado a salir del país temporalmente en otras ocasiones—, careció en esta ocasión tan tremenda de aquella precisión y lucidez. ¿Qué pensamientos le vinieron cuando, igual que a sus compañeros, los soldados le mandaron acostarse sobre la grama con su rostro contra ella?

En cuanto a Segundo Montes, según uno de los asesinos —el subsargento Ramiro Ávalos Vargas—, les abrió el portón que llevaban diez minutos golpeando con un tronco "un señor chele que vestía pijama", quien le pidió que dejara de golpear porque "ellos estaban conscientes de lo que les sucedería". De hecho, el único de los asesinados que solo vestía pijama fue Segundo Montes⁵. Es evidente que, si Segundo Montes estaba consciente,

1. Teresa Whitfield, *Pagando el precio. Ignacio Ellacuría y el asesinato de los jesuitas en El Salvador*, San Salvador, UCA Editores, 1998. Ver sobre todo la introducción, pp. 25-45, y el capítulo XII, "Muerto con espíritu", pp. 611-662.
2. Pedro Armada y Martha Doggett, *Una muerte anunciada en El Salvador. El asesinato de los jesuitas*. Con prólogo de Jon Sobrino, Madrid, PPC, 1995, p. 75.
3. Rolando Alvarado es hoy, 26 años después, Superior Provincial de la Compañía de Jesús en Centroamérica.
4. Teresa Whitfield, *op. cit.*, p. 607.
5. Pedro Armada, *op. cit.*, p. 74.

también Ignacio Ellacuría y los demás compañeros lo estaban ya en aquella hora decisiva.

En la hora de la muerte inminente, la disponibilidad para dar la vida por los demás, suscitada por el Espíritu

Puede uno creer que parece imposible que Ignacio Ellacuría, que había sido testigo del asesinato de monseñor Romero, pensara que matarlo a él sería más irracional que matar a Romero, sabiendo como sabía que su propia postura de luchar por terminar la guerra negociando, sin victoria militar de ningún lado, iba contra los intereses del Ejército y de la derecha más fanática. De hecho, tres o cuatro meses antes, Jon Sobrino me había contado que, por primera vez, Ignacio le había dicho: "Ahora sí puede pasar". "Ahora", es decir con el partido Arena, fundado por el presunto asesino de Romero, D'Aubuisson, en el poder.

Yo creo hoy que, en la decisión de Ignacio de quedarse en su casa de la UCA, hubo probablemente una corriente inconsciente, subliminal, que, sin embargo, afloró, por ejemplo, en otra parte de la respuesta que dio a Rolando Alvarado a continuación de la que ya he citado: "... Y en última instancia, ¿a dónde quieres que nos vayamos? ¿A la Embajada de Estados Unidos? Hemos peleado desde aquí y aquí nos vamos a quedar"⁶. En esta hora crucial, cuando el pueblo de los barrios marginados estaba siendo masacrado como respuesta a la ofensiva guerrillera, no se trataba de esconderse, como sí había sido el caso en otras oportunidades. Por otro lado, la disponibilidad para esta decisión se lee entre líneas en uno de sus últimos artículos. Ignacio acababa de escribir y publicar, en el último número de la *Revista Latinoamericana de Teología*, un artículo, fundamental en su modo de hacer teología, sobre "Utopía y profetismo desde América Latina". Y en él se leen estas palabras tan coherentes con el tema de este congreso y con el énfasis de mi presentación:

De ahí que este hombre nuevo se defina en parte por la protesta activa y la lucha permanente, las cuales buscan superar la injusticia estructural dominante, considerada como un mal y como un pecado, pues mantiene a la mayor parte de la población en condiciones de vida inhumana. Lo negativo es esta situación, que en su negatividad lanza como un resorte a salir de ella; pero lo positivo es la dinámica de superación, en la cual alienta el Espíritu [con mayúscula] de múltiples formas, siendo la suprema de todas la disponibilidad de dar la vida por los demás, sea en la entrega cotidiana incansable o en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente (énfasis mío).

Típico, sin embargo, de este hombre nuevo, movido por el Espíritu, es que su motor no es el odio, sino la misericordia y el amor, porque ve en todos a hijos de Dios y no a enemigos por destruir...⁷.

6. Teresa Whitfield, *op. cit.*, p. 607.

7. Ignacio Ellacuría, "Utopía y profetismo desde América Latina", en *Revista Latinoamericana de Teología*, n.º 17, mayo-agosto 1989, año VI, pp. 166-167. Centro de Reflexión Teológica, UCA. Puede verse también en Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino, *Mysterium Liberationis I*, Madrid, Trotta, 1990, p. 422.

Creo, pues, que en Ignacio Ellacuría alentaba, en las vísperas de su asesinato, aquel Espíritu Santo que lo movió, en vez de a buscar refugio fuera, a arriesgar su vida en su permanencia en su nueva comunidad dentro del campus de la UCA, el lugar desde donde había luchado con sus compañeros contra la injusticia estructural dominante en El Salvador. Es ese Espíritu de Dios, memoria de Jesús de Nazaret en nuestras vidas y en la historia (Jn 14, 26), el que otorga suprema autoridad a la disponibilidad de dar la vida no solo —y vuelvo a citar su artículo— “en la entrega cotidiana incansable”, sino incluso “en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente”. Ese Espíritu de Dios fue también el que animó a Nacho Martín Baró a conversar por teléfono esa noche con su hermana Alicia y decirle con lucidez que antes de que terminaran los horrores de la guerra tenía “que haber muchas muertes, muchas muertes todavía”. También subliminalmente, tal vez la suya propia y la de sus compañeros. Cuando el mismo Nacho tuvo el valor de denunciar la injusticia que se estaba cometiendo esa noche y de llamar “carroña” a quienes la cometían, sus palabras eran una clara denuncia profética motivada por el Espíritu de Dios, llena de rechazo valeroso de la injusticia, con indignación pero sin odio contra los injustos que la cometían. Es ese mismo Espíritu de Dios el que le dio a Segundo Montes la autoridad para ordenar a los soldados que dejaran de hacer destrozos en la casa porque ya “ellos eran conscientes de lo que les sucedería”. Me parece, pues, que detrás de su decisión de permanecer en su casa dentro de la UCA, una decisión aparentemente muy argumentada razonablemente, coexistía ya la sospecha de poder equivocarse y, con ella, una decisión más profunda de arriesgarse a que les pudieran quitar la vida “en el sacrificio hasta la muerte, padecida violentamente”. De hecho, habían ya experimentado la fuerza del odio concentrada en los numerosos atentados dirigidos contra su casa. Dos de ellos podían haber sido mortales: en el primero, una bala había traspasado el respaldo de la silla del comedor donde se sentaba habitualmente el que presidía la mesa, pero ninguno estaba sentado allí entonces; en el segundo, una bomba explotó a los pies de la cama donde estaba durmiendo Segundo Montes y podía haberlo dejado lisiado o haberlo matado la hemorragia en sus piernas con solo que la bomba hubiera explotado un poco más cerca de su cuerpo.

Las tumbas de los mártires, convertidas en santuario para el pueblo

Desde hace casi 26 años, los mártires de la UCA han gozado de una gran autoridad. Para quien, como yo, lleva viviendo y trabajando en la UCA ocho años en esta última etapa, es impresionante ser testigo de cómo se ha convertido en un santuario esa parte de la UCA donde están enterrados los mártires en la capilla de Jesucristo Liberador y donde se exponen sus reliquias en la sala memorial del Centro Monseñor Romero y donde se conserva el jardín en el que fueron asesinados, plantado de rosas por Obdulio, el jardinero, esposo de una de las mártires, la señora Julia Elba Ramos, y papá de la otra, Celina, hija de ambos. Muchísimas escuelas y colegios de El Salvador hacen que sus alumnas y alumnos visiten esa parte de la UCA durante el año y muchos años a lo largo de sus estudios. Vienen también peregrinaciones de los Estados Unidos, sobre todo durante los meses de junio a septiembre y en los aniversarios de los asesinatos en noviembre, y también

en el mes de marzo, aniversario del asesinato de Romero. Han venido peregrinaciones de España y de Inglaterra, y también de otros países. Personalidades latinoamericanas, como el presidente Rafael Correa, de Ecuador, y la Premio Nobel de la Paz, Rigoberta Menchú, por citar solo dos, han visitado las tumbas.

Igual, o más todavía, ha ocurrido con los lugares que recuerdan a monseñor Romero: la capilla del Hospitalito para cancerosos terminales, donde fue asesinado durante el ofertorio de su última Eucaristía; su austera vivienda en los terrenos del mismo Hospitalito, en cuyo patio están enterradas las vísceras incorruptas del Arzobispo mártir; y la rumba de monseñor, primero en el lado derecho del crucero de catedral —es famosa la fotografía de Juan Pablo II arrodillado ante ella en 1083—, y luego en la cripta de catedral donde su sepulcro ocupa el espacio central ante la pared circular que alberga las tumbas de los anteriores arzobispos y de su sucesor, monseñor Arturo Rivera Damas, SDB. Hay una “comunidad de la cripta” que celebra la Eucaristía los domingos a las diez de la mañana, y todos los días esa cripta está llena de peregrinaciones y visitantes particulares. Y así pasa también con la iglesia parroquial de El Paisnal, el pueblo donde nació y fue asesinado el sacerdote jesuita Rutilio Grande y dos de sus compañeros laicos. Cuando al papa Francisco le preguntaron por primera vez los periodistas por el proceso de canonización de Romero, contestó él que estaba ya desbloqueado y añadió que también había que mover el de Rutilio. Eran ambos amigos del alma y Romero pasó toda la noche del 12 al 13 de marzo de 1977 velando a Rutilio. Dos domingos después, decidió celebrar en la Arquidiócesis una Misa Única delante de Catedral para protestar por el asesinato de Rutilio, y esa Misa Única, que lo enemistó con muchos de sus hermanos obispos y con el nuncio, fue el comienzo de aquella pastoral profética que culminó con su martirio.

La autoridad de los mártires viene de una vida y una muerte reivindicadas por el Espíritu Santo en la historia como paradigmas de plena humanidad

Pero ¿de dónde ha venido su autoridad? Dicho breve y teológicamente, su autoridad viene de una vida y una muerte reivindicadas por el Espíritu Santo dado por el Padre de Jesús de Nazaret (Jn 14, 15), el Abogado por antonomasia, como vida y muerte llenas de razón, justificadas por Él, presentadas al mundo en la historia como auténticos paradigmas de generosa y plena humanidad. Fue ese mismo Espíritu Santo quien los hizo poco a poco “padres de los pobres” y les enseñó a comprender la mayor gloria de Dios como la mejor vida de los pobres: *Gloria Dei vivens pauper*⁸, la gloria de Dios es la vida de los pobres. Y fue también este mismo Espíritu quien los hizo, muy a su pesar no pocas veces, hombres “de pleitos y contiendas con todo el mundo” (Jer 15, 10). Pienso que tanto los mártires de la UCA, como antes el mártir Rutilio Grande, también jesuita, los otros cinco sacer-

8. Óscar Arnulfo Romero, “La dimensión política de la fe”. Discurso con motivo del doctorado honoris causa conferido por la Universidad de Lovaina, en *Cartas pastorales y discursos de monseñor Óscar A. Romero*, San Salvador, Centro Monseñor Romero, UCA, p. 192.

dotes asesinados durante los tres años de ministerio arzobispal de monseñor Romero, sobre todo el mismo monseñor— ya beatificado y antes declarado “San Romero de América” por el obispo Pedro Casaldáliga y por mucho pueblo— y tantos otros mártires laicos del pueblo salvadoreño y de muchos otros lugares de Centroamérica y de toda América Latina, de África, de la India, etc., todos ellos han revivido aquellas palabras que el Evangelio de Juan pone en boca de Jesús sobre el Espíritu Santo:

Si no me voy, no vendrá nunca el Paráclito⁹; si me voy se lo enviaré. Cuando él venga le probará al mundo que hay pecado, justicia y sentencia. Primero, pecado porque no creen en mí. Luego, justicia porque voy al Padre y no me verán más. Por último, sentencia porque el Príncipe de este mundo ha sido condenado (Jn 16, 7b-10).

El pleito que el Espíritu Santo entabla contra el mundo por la muerte de los mártires

El Paráclito —en este contexto tal vez traducido mejor como “Abogado”— aparece antes en el Cuarto Evangelio como sinónimo del Espíritu Santo (Jn 14, 26)¹⁰. Según este texto que acabamos de citar, como en el caso de Jesús, el asesinato martirial de los jesuitas de la UCA, igual que el de Romero, Angelelli, Joao Bosco Penido Bournier, Chico Mendes, Dorothy Stang y tantos otros y tantas otras, se convirtió pronto en un proceso que el Espíritu Santo entabla contra el mundo, es decir, contra “el mundo que no reconoció la luz verdadera que ilumina a toda persona” (Jn 1, 10c.- 9 ab), contra el espíritu de este mundo que los asesinó y que, con su muerte violenta, pretendía dejar definitivamente establecido el fracaso de su causa. Este texto de Juan, que hemos citado, no es de fácil comprensión a primera vista. Es necesario explorar la exégesis que de él han hecho algunos de los mejores intérpretes del Evangelio de Juan.

Un buen exegeta salesiano, Francis J. Moloney, habla de la labor del Espíritu, a partir del verbo *elenchein*, que usa el Cuarto Evangelio, como un pasaje difícil porque ese verbo puede significar tanto culpar como condenar, convencer, desenmascarar, avergonzar o investigar. Y afirma que la mejor manera de interpretarlo es en el contexto en que lo usa el Cuarto Evangelio en otros lugares, es decir, la crisis que desencadena en el mundo la presencia de Jesús “como revelación de Dios (cf. Jn 3, 19-21; 5, 22; 7, 7; 8, 24; 9, 39; 12, 31)”. Añade también Moloney que “el relato joánico se parece a un proceso judicial en el que Jesús es el acusado, pero, irónicamente, son sus acusadores quienes son juzgados (cf. 3, 19; 5, 22.22.27.30.44-45; 8, 16, 9, 30)”¹¹.

El gran especialista en el Evangelio de Juan y en otros escritos joánicos, Raymond E. Brown, S.S., se decanta por traducir la acción del Espíritu Santo, expresada en este pasaje —ya lo hemos dicho— por el verbo *elenchein*,

9. El Paráclito (*Parakletos*) se traduce en diversas Biblias como “consolador”, “abogado”, “valedor”, del verbo *parakaleo* (pedir, exhortar, consolar).
10. “El Defensor, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que les he dicho”.
11. Francis J. Moloney, S.D.B., *El Evangelio de Juan*, Estella, Verbo Divino, 2005, p. 450.

como *probar* y no como *convencer*. Y la razón es que este mundo pertinazmente malvado “es incapaz de aceptar al Paráclito” (Jn 14, 17). No se puede hablar, pues, de convencer al mundo. Se trata de un proceso que el Espíritu entabla contra el mundo, pero es un proceso que tiene lugar no en un juicio público, ni siquiera en el sentido de un juicio final apocalíptico, sino en la conciencia de los discípulos de Jesús que, al recibir la prueba de la derrota de este mundo, lo desafían manteniendo la inocencia y la verdad de Jesús frente al juicio histórico que acabó en su crucifixión¹².

Primero: el Espíritu, el Abogado, prueba su culpa a los que detentan el poder y la riqueza en El Salvador

La prueba que el Espíritu muestra a los discípulos tiene tres elementos: “culpa, justicia y sentencia” (Jn 16, 8). El evangelista desarrolla luego estos elementos: “Primero, culpa, porque no creen en mí”. Todo el Evangelio de Juan está surcado por la cuestión de la fe en Jesús. Ya desde los primeros capítulos, se establece que “la luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz porque sus acciones eran malas” (Jn 3, 19). Recordemos que el contexto en que fue escrito este Evangelio es el de la ruptura entre la Sinagoga, como institución representativa del Pueblo de Israel después de la destrucción del templo y de la ciudad santa de Jerusalén, y las comunidades judeocristianas expulsadas de las sinagogas alrededor del Sínodo de Yarnia en el último cuarto del siglo I. Para Juan, “el mundo” opuesto a Jesús es precisamente el que coincide con los sucesores de aquellos “sumos sacerdotes y fariseos” que se negaron a creer en Jesús y buscaron su ejecución. Se trata, ciertamente, de una situación dual, donde se ubican, por un lado, los judeocristianos creyentes en Jesús y, por otro, los judíos que no han creído en él: una situación que requiere posicionamiento¹³.

Naturalmente, este punto de vista del evangelista en el Cuarto Evangelio no significa una condena de cualquier persona o grupo de personas o pueblo que no crea en Jesucristo. Como muy bien dijo el Vaticano II, “La persona cristiana, conformada con la imagen del Hijo, que es el primogénito entre muchos hermanos, recibe las *primicias del Espíritu* (Rom 8, 23), las cuales la capacitan para cumplir (Rom 8, 1-11) la ley nueva del amor” (GS 22). Y continúa el número 22 de *Gaudium et Spes*: “Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todas las personas de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible”. Repitamos que el evangelista está escribiendo en una situación dual de confrontación, en la que alrededor de la fe en Jesucristo se desencadena la necesidad de una opción y una alternativa fundamentales que solo admiten el sí a la luz o la persistencia en las tinieblas. Una situación bien delimitada por el Sumo Sacerdote Caifás cuando dijo cínicamente: “No entienden nada. ¿No ven que es mejor que muera uno solo por el pueblo y que no perezca toda la nación” (Jn 11, 49b-50)?

12. Raymond E. Brown, S.S. *El Evangelio según Juan XIII-XXI*, Madrid, Cristiandad, 2.^a ed., 2000, pp. 1061-1062.

13. Raymond E. Brown, S.S., *El Evangelio según Juan I-XII*, Madrid, Cristiandad, 2.^a ed., 1999, pp. 88-91.

Una situación contrapuesta dual, análogicamente parecida, es la que también se presenta cuando amenaza el asesinato de los jesuitas de la UCA, que luego será reflexionado teológicamente como martirio. Esta era la situación tal como la emisora del Ejército salvadoreño, Radio Cuscatlán, lo estaba proclamando al airear llamadas telefónicas que planteaban esta exigencia: "¡Deberían sacar a Ellacuría para matarlo a escupidas!"¹⁴. O como la vio el vicepresidente Merino, que se atrevió a proclamar que los jesuitas habían "envenenado las mentes de la juventud salvadoreña"¹⁵. Y esta fue también la situación como la definieron, en la noche del 15 al 16 de noviembre de 1989, los miembros del alto mando militar de El Salvador, señalados en el Informe de la Verdad, de la ONU, en 1993, como autores intelectuales de los asesinatos de la UCA. Y así la definió el coronel Benavides, director de la Academia Militar y jefe de la defensa del sector donde se encontraba la UCA, cuando comunicó al teniente Espinoza la orden de asesinar que había recibido del alto mando: "Esta es una situación donde son ellos o somos nosotros —dijo—; vamos a comenzar por los cabecillas, dentro del sector nuestro tenemos la universidad y ahí está Ellacuría"¹⁶.

Así había sido definida la situación también 12 años antes cuando los medios de comunicación salvadoreños quedaron inundados por ataques contra la Iglesia católica, que presagiaban la persecución inaugurada por el asesinato del P. Rutilio Grande. Me acuerdo de haber comentado, con mis compañeros jesuitas entonces, que nunca había leído yo comunicados y análisis noticiosos que respiraran tanto odio. "¡Haga Patria! ¡Mate un cura!", se leía en las octavillas esparcidas por la Primera Avenida Poniente de San Salvador, delante del Santuario y del Seminario Mayor de San José, al final del funeral del canciller Borgonovo, secuestrado y asesinado por grupos revolucionarios. Y una hora más tarde estallaba la noticia del asesinato del P. Alfonso "el Chino" Navarro, párroco en la iglesia de la colonia Miramonte. Los escuadrones de la muerte fueron matando cura tras cura durante los tres años de arzobispado de monseñor Romero, intentando acorralarlo, atemorizarlo y obligarlo a deponer su postura profética y callar su denuncia de la injusticia. Rutilio Grande, Alfonso Navarro, Ernesto Barrera, Octavio Ortiz, Rafael Palacios y Alirio Napoleón Macías fueron los nombres de los seis curas que fueron asesinados en los tres años de arzobispado de monseñor Romero. Finalmente, mataron también al mismo monseñor Romero. Él llevaba muy dentro la seguridad de que intentarían contra él. Habían atentado contra su voz dinamitando la emisora de radio YSAX, que transmitía sus homilias dominicales. Le llegaban amenazas cada vez más duras. Lo expresó él mismo así el 2 de septiembre de 1979: "Aunque me maten..., si morimos con la conciencia tranquila, con el corazón limpio de haber producido solo obras de bondad, ¿qué me puede hacer la muerte?" Y en el mismo día reflexiona sobre los sacerdotes que le han matado y dice: "... sé que están así, dándonos el estímulo de haber sabido morir sin miedo, porque llevaban su conciencia comprometida con esta ley del Señor: la opción pre-

14. Teresa Whitfield, *op. cit.*, p. 602.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*, p. 38.

ferencial por los pobres”¹⁷. Un mes antes de su asesinato, el 24 de febrero de 1980, manifestó:

Espero que este llamado de la Iglesia no endurezca aún más el corazón de los oligarcas, sino que los mueva a la conversión. Compartan lo que son y tienen. No sigan callando con la violencia a los que estamos haciendo esta invitación ni, mucho menos, continúen matando a los que estamos tratando de lograr que haya una más justa distribución del poder y de las riquezas en este país. Y hablo en primera persona porque esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados la próxima semana; pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar ya.¹⁸

No puede estar más claro que se trataba de la misma situación de contraposición dual que enfrentó a los judíos y a los judeocristianos al final del siglo I. Ahora, entre dos maneras de ver la vida en El Salvador, una la de quienes querían en nombre de Jesús “una mesa común para todos, cada cual con su taburete y que a nadie le falte el conqué”¹⁹, como había predicado Rutilio Grande, y otra la de quienes querían mantener un El Salvador privilegiado para la oligarquía. Y era ahí donde el Espíritu Santo *probaba* al mundo su culpa, porque ese privilegio defendido a sangre y fuego significaba no creer en Jesús, a pesar de creer en el Dios de los ricos y de los poderosos, su modo de entender la religión católica.

Segundo: el Espíritu, el Abogado, prueba ante el mundo que la muerte de los mártires es justicia porque implica su triunfo eterno e histórico

El texto del evangelista Juan continúa así “Luego, justicia, y la prueba es que me voy con el Padre”. Resuena aquí anticipadamente la fe de Jesús que espera su glorificación. Jesús sabe que le van a quitar la vida, pero en medio de la angustia que eso le provoca —“Ahora mi espíritu está agitado y ¿qué voy a decir?, ¿que mi Padre me libre de este trance? No, que para eso he llegado a este trance” (Jn 12, 27-28)—. Jesús espera que su Padre lo glorificará y entiende su muerte inminente como instrumento de reunión para muchas personas: “Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. Lo decía indicando de qué muerte iba a morir” (Jn 12, 32-33). ¿Podemos suponer que Jesús de Nazaret, a estas alturas de su vida pública y después del enfrentamiento tan serio con los judíos, intuye ya el tipo de muerte que le espera, es decir la crucifixión? No se puede descartar esta conciencia del modo de su muerte, puesto que más tarde, en el proceso mismo de Jesús, quedará muy claro que los sumos sacerdotes y los fariseos no se contentan con cualquier muerte, quieren esa muerte de la crucifixión que convierta a Jesús en un maldito y lo desacredite ante el pueblo (Dt 21, 22-23). Precisamente, Jesús, en la visión teológica del Cuarto Evangelio, espera que todo suceda de modo inesperado para sus enemigos judíos: que

17. Miguel Cavada, compilador y editor, *El corazón de Monseñor Romero*, Centro Monseñor Romero, UCA, San Salvador, 2010, p. 63.

18 *Ibid.*, pp. 79-80.

19. El *conqué*, en El Salvador, es el alimento diario, sencillo, común, con el que se acompañan las tortillas de maíz (cfr. *Diccionario de la lengua española*, RAE).

sea esa muerte la que su Padre transforme en triunfo atrayente para tanta gente. La conciencia de Jesús aparece aquí alimentada por su esperanza. La historia ha confirmado esta esperanza. Es el crucificado el que triunfará y en su resurrección atraerá a tanta gente en este mundo a lo largo de milenios. Es esto lo que Pedro anuncia el día de la venida del Espíritu en la fiesta de Pentecostés: "A este Jesús crucificado por ustedes, Dios lo ha resucitado y lo ha nombrado Señor y Mesías" (Hch 2, 36). Es el Espíritu quien, una vez más, establece la autoridad de Jesús crucificado y resucitado.

Esto me parece importante. Porque ¿qué pasa con los mártires? Según un periodista guatemalteco, José Calderón Salazar, monseñor Romero le dio una entrevista poco antes de ser asesinado. El periodista la publicó después del asesinato de Romero. Y en este "después" se ha fundamentado una duda histórica sobre si serán de Romero algunas de las palabras de la entrevista o habrán sido invento del periodista, puesto que —dicen— parecerían mostrar en Romero una especie de conciencia de mesianismo impropia de él. ¿De qué palabras se trata? Hablando de la amenaza contra su vida, Calderón Salazar afirma que Romero le dijo: "Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño". Se ha dicho que estas palabras son inverosímiles en los labios de una persona como Romero, líder humilde, que afirmaba que "con este pueblo no es difícil ser buen pastor"²⁰, y creyente en la resurrección de los muertos. ¿Pero no son estas unas palabras que muestran una similitud analógica con las de Jesús mismo en el Cuarto Evangelio: "Cuando yo sea elevado de la tierra atraeré a todos hacia mí"? Claro que Romero creía en la resurrección de los muertos más allá de la historia; son innumerables los testimonios de esta fe en sus homilías; veamos este, por ejemplo, por lo demás bien humilde: "No me repugnaría —si tengo la dicha de poseer un cielo— estar en ese cielo cerca de los que hoy se declaran mis enemigos, porque allá no seremos enemigos [...]. Pero los que gratuitamente quieren ser mis enemigos, conviértanse al amor y en el amor nos encontraremos, en la felicidad de Dios. (2/IX/1979)"²¹. Y en la misma homilía afirma: "Si morimos con la conciencia tranquila, con el corazón limpio de haber producido solo obras de bondad, ¿qué me puede hacer la muerte? [...]. Cada sacerdote muerto es para mí un nuevo concelebrante en la eucaristía de nuestra diócesis" (2/09/1979)²². Una semana más tarde, rechazando la acusación de la extrema izquierda, que decía de él que era opio, contestaba: "¡Nunca! Estoy diciendo que precisamente estas promociones a la trascendencia son para excitar más la promoción de lo histórico, de lo social, de lo económico, de lo político. Y estoy diciendo que Dios no solo ha hecho el cielo después de la muerte para el hombre, sino que ha hecho esta tierra también para todos los hombres. ¡Esto no es opio!" (9/09/1979)²³. Finalmente, veamos este testimonio de su fe en la resurrección en una fecha más cercana a su asesinato:

A quienes caen en la lucha [...] debemos considerarlos siempre presentes entre nosotros, no solo porque se mantienen en el recuerdo de los que con-

20. Miguel Cavada, *op. cit.*, p. 71.

21. *Ibid.*, p. 62.

22. *Ibid.*, p. 63.

23. *Ibid.*, p. 64.

tinúan sus luchas, sino también porque la trascendencia de nuestra fe nos enseña que, con la destrucción del cuerpo, no termina la vida humana, sino que esperamos que, por la misericordia divina, es tras la muerte cuando los hombres alcanzaremos la liberación plena y absoluta" (27/01/1980)²⁴.

Así pues, tanto en Jesús como en Romero, la fe esperanzada en la resurrección de los muertos es perfectamente compatible con la fe esperanzada en que la muerte martirial tendrá ese efecto terrenal, histórico, de atracción para mucha gente. La muerte de Jesús, entonces, y la muerte de los mártires se muestran como "justicia" producida por el Espíritu, el Abogado que la deja en claro en su pleito contra el mundo.

Tercero: el Espíritu Santo prueba al mundo que el Mal está ya condenado. Y, sin embargo, el mal nos sigue acechando en la historia. Solo la fe esperanzada en el Espíritu Santo, Abogado de los mártires en la historia, permite afirmar la derrota definitiva del mal

El texto del evangelista Juan, que estamos considerando, termina así: "Por último, sentencia, porque el Príncipe de este mundo ya ha sido condenado". Evidentemente, se trata de una afirmación paradójica. Por un lado, el escrito neotestamentario que llamamos "Carta a los Hebreos", por ejemplo, es una prueba de esta fe en la derrota del enemigo que puso a Jesús al principio de su ministerio público y que continuó en su lucha durante toda su vida. Hebreos nos transmite la fe de algunas comunidades cristianas, de que la participación de Jesús en la condición humana tuvo como una finalidad "anular con su muerte al que controlaba la muerte, es decir al Diablo, y [...] liberar a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos" (Heb 2, 14-15). Que el miedo a la muerte esclaviza no pocas veces es una experiencia que aún sigue vigente. Lo que, según el evangelista Juan, ocurre es que esa acción del Espíritu, del Abogado, de enjuiciar al mundo es un recuerdo poderoso de que la muerte de Jesús es liberadora. En la noche agónica del Huerto de los Olivos, los Evangelios sinópticos narran que Jesús pidió a su Padre: "Abbá, Padre, tú lo puedes todo; aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Mc 2, 36). Evidentemente, Jesús fue presa de ese miedo brutal a la muerte, y sobre todo a una muerte injusta. Un texto cristológico moderno ha traducido esa súplica de Jesús así: "Padre, ellos quieren taparnos la boca, quieren ahogar la voz de los que reclamamos justicia [...]. ¡Que no se haga la voluntad de ellos, sino la tuya! ¡Que no ganen ellos, los poderosos, los hombres sanguinarios, sino que ganes tú, el Dios de los pobres, nuestro Defensor!"²⁵.

En su última homilía, en una misa de aniversario de la mamá de un periodista independiente, Romero dijo estas palabras a propósito del texto del grano de trigo que muere (Jn 12, 23-26):

24. *Ibid.*, p. 78.

25. José Ignacio y María López Vigil, *Un tal Jesús* 3, Salamanca, Lóguez Ediciones, 1982, p. 888.

Acaban de escuchar el Evangelio de Cristo: que es necesario no amarse tanto a sí mismo que se cuide uno para no meterse en los riesgos, en la vida que la historia nos exige. El que quiera apartarse del peligro perderá su vida; en cambio, aquel que se entrega por amor a Cristo, al servicio de los demás, este vivirá como el granito de trigo que muere [...]. Si no muriera, se quedaría solo [...], solo deshaciéndose produce la cosecha”²⁶.

Enseguida se escuchó el disparo que segó su vida. Hemos dicho que, cuando el evangelista nos anuncia que “el Príncipe de este mundo está condenado”, no podemos evitar que nos suene a una afirmación paradójica, incluso increíble. Tanto en la muerte de Jesús de Nazaret como en la de Romero y los demás mártires, nos parece que es el mal el que nos esclaviza y que Dios no escucha nuestra petición en el Padre Nuestro: “líbranos del mal” (Mt 6, 13). En la primera carta de Juan, la paradoja estalla con fuerza. Por un lado, el autor escribe a las comunidades del discípulo amado y les dice: “Les escribo a ustedes porque han vencido al Malo” (1Jn 2, 13), pero en el último capítulo de la carta se afirma que “el mundo entero pertenece al Malo” (1Jn 5, 19). Tanto los asesinos de Romero como los de Rutilio o los de los sacerdotes diocesanos asesinados antes que Romero, los de los jesuitas de la UCA y los que asesinaron a Enrique Álvarez Córdoba y a sus compañeros del Frente Democrático Revolucionario —y a tantos otros sencillos cristianos del pueblo en El Salvador— creyeron haber resuelto el problema. Pero mucha gente en el pueblo salvadoreño recogió su sangre e hizo de ella símbolo de liberación.

Con la crucifixión de Jesús, los Sumos Sacerdotes creyeron haber triunfado, pero pocas horas después ya estaban queriendo armar una conspiración para quitar fuerza a la desaparición de su cuerpo (Mt 28, 11-15). Sin embargo, una mirada profunda, como la del evangelista Juan, descubre que los asesinos no tendrían ningún poder si no se lo hubiera dado Dios (Jn 19, 11). ¿Qué quiere decir esto? Tras del horror y el *impasse* del mal histórico, hay un acompañamiento de Dios en la historia, que no suprime el mal, pero sí reclama por él (Gn 4, 9-12) y lo ubica dentro del llamado de Dios a la lucha por la justicia con amor, en última instancia, vencedor. Un excelente exégeta nos dice: “Si Pilato desempeña un papel en este juicio, ese papel está totalmente supeditado al proyecto de Dios. No hay nada que quede fuera de este horizonte. Jesús ha recordado a Pilato el marco de su actuación. Quien lleva la batuta es Jesús”²⁷. Es cierto que esta es una visión teológico-bíblica y que históricamente “Jesús fue ejecutado, a fin de cuentas, porque se había convertido en una espina para el *establishment* político religioso”²⁸. Pero también es cierto que, según la visión teológica del cuarto evangelista, “aunque Pilato lo ignore, la razón de que posea un poder del que ahora presume no está en que tenga a los legionarios bajo su

26. Miguel Cavada, ed., *Monseñor Óscar A. Romero. Homilias*. Tomo VI, San Salvador, UCA Editores, 2009, p. 455.

27. Josep-Oriol Tuñí Valcells, S. J., *El don de la verdad (Jn 1, 17). El Evangelio según Juan como revelación de Jesús*. Santander, Sal Terrae, 2012, p. 203.

28. James. D. G. Dunn, “El Cristianismo en sus comienzos I”. *Jesús recordado*, Estella, Verbo Divino, 2009, p. 886.

mando. Tiene poder porque Dios le ha asignado un papel en 'la hora' [...]. Pilato tiene poder sobre Jesús por ser el prefecto de Judea aquel año"²⁹, igual que lo tuvo Caifás por ser sumo sacerdote aquel año (Jn, 11, 51-52). En la historia la humanidad, tiene su autonomía, pero Dios actúa en rescate escatológico de la bondad de la historia y en propuesta paradigmática de quienes en ella se dejan mover y actúan con ese auténtico amor que tiene autoridad, porque está dispuesto a mantenerlo hasta dar la vida con la fuerza del Espíritu Santo.

La paradoja, desde luego, continúa en la historia y solo la continuidad de la fe esperanzada en el Espíritu Santo, Abogado de los mártires en la historia, permite afirmar la derrota definitiva del mal. El Espíritu Santo mantiene vigente en la historia el enjuiciamiento del mundo y pocas experiencias cristianas tienen tanta autoridad para mantener viva la condena de las fuerzas del mal como haber sido testigos de la sangre de los mártires. Hay una frase en la llamada Carta a los Hebreos que, a primera vista, produce horror y rechazo: "Sin derramamiento de sangre no hay perdón" (Heb 9, 22). Aunque la frase se refiere a la costumbre establecida en la ley mosaica de conseguir la purificación de los pecados con sacrificios de animales (Lv 16, 3-22) y sellar también así la alianza entre el pueblo y Dios (Ex 20, 22-24), hay otro modo experiencial de entenderla: la vida nos cambia cuando somos testigos de la sangre de los asesinados. En Centroamérica, en pleno último tercio del siglo XX, mataron a nuestros hermanos, y ser testigos de la entrega de su sangre hasta la muerte nos cambió la vida, es decir, nos la hizo más cristiana. Porque el Espíritu Santo, el Abogado y también el Consolador, nos dio la experiencia de que, gracias a Él, Jesús de Nazaret, el Crucificado-Resucitado, estará con nosotros todos los días hasta el fin de la historia (Mt 28, 20) o, dicho de otra manera —como buena noticia de hoy que viene de los pobres— que "Diosito nos acompaña siempre"³⁰. Así pues, la autoridad de esa sangre nos permitió empezar a vivir en la dura paradoja, y seguir afrontándola con la lucha por la justicia y la esperanza del triunfo de la vida de los pobres³¹.

El enfrentamiento con el mal: antes que mártires fueron asesinados

Pero esto no nos ahorró el enfrentamiento con el mal en aquellos días aciagos. Porque antes de que los celebráramos, nosotros y el pueblo, y los declaráramos teológicamente como mártires, los compañeros y compañeras que murieron fueron asesinados. Lo primero que les pasó fue, como a Jesús, ser víctimas de un crimen horrendo. Ningún crimen hay más horrendo que quitar la vida a seres humanos. Mucho más si pretende además que,

29. Raymond E. Brown, S. S. *El Evangelio según Juan XIII-XXI*, Madrid, Cristiandad, 2.^a ed. 2000, pp. 1291.

30. Esta es la frase maravillosa que Víctor Codina escuchó de Doña Matilde, una señora de un barrio en Cochabamba. Cfr. Codina, Víctor, *Diario de un teólogo del Posconcilio. Entre Europa y América Latina*. Bogotá, San Pablo, 2013, p. 314.

31. Acaba de fallecer en San Salvador el P. Pedro Declercq, sacerdote diocesano belga que vivió 47 años aquí y acompañó siempre a los pobres en sus desplazamientos, migraciones, refugios y asentamientos, ayudando a construir comunidades eclesiales de base. Durante su vela otro compañero recordó que Pedro exclamaba muchas veces: "¿Qué sería yo sin Rutilio, sin Romero, sin los mártires?".

como consecuencia, sea desautorizada su vida y oscurecido su valor: "¡Eran guerrilleros, comunistas!". Ahí conocimos el mal y su fuerza poderosa. Y eso nos anonadó. Porque el mal anonada, asusta y acobarda. Es preciso reconocerlo. Por eso, pedimos en el padrenuestro: "¡Libranos del mal!". Después, reflexionamos cristianamente y llegamos a la conclusión de que estábamos reviviendo la época de las persecuciones y de los mártires. Esta vez, en un continente que se llamaba cristiano, católico, donde los perseguidores y asesinos eran creyentes confesos. Treintaicinco años más tarde, el sucesor de Pedro, el obispo de Roma, Francisco, firmó el decreto que hablaba de Óscar Romero, "pastor según el corazón de Cristo, evangelizador y padre de los pobres, testigo heroico del Reino de Dios" y mandaba que a este "obispo y mártir" en adelante "se le llame Beato"³², lo que quiere decir: feliz, dichoso, bienaventurado.

La verdad es que ni este honor ni la inmensa alegría del pueblo salvadoreño y de tanta gente alrededor del mundo puede hacer olvidar que, detrás de un martirio, en la profundidad de la existencia humana de Óscar Romero, hubo un asesinato. Y que asesinatos así fueron múltiples en El Salvador, en América Latina y en el mundo. Incluso se actuó con las víctimas más dura e inhumanamente que con Jesús y los mártires de los primeros tiempos. Todos ellos tuvieron un juicio, aunque estuviera viciado por la injusticia. Con Romero y los mártires de hoy, se trató de ejecuciones extrajudiciales. Ese es el "misterio de iniquidad" (2Tes 2, 7). No podemos ocultar ese horror.

Rutilio, Romero, Ignacio Ellacuría y sus compañeros confrontaron a El Salvador con su propia verdad. Rutilio, con ocasión de la expulsión del país de un párroco colombiano, habló en una misa de protesta, menos de un mes antes de su asesinato, y dijo con toda lucidez que, si Jesús pasara la frontera de El Salvador desde Honduras, no lo dejarían hoy avanzar desde Chalatenango, la capital del departamento norteño, y llegar a San Salvador; "lo detendrían allí y duro con él hasta hacerlo callar o desaparecer"; y tampoco dejarían pasar la Biblia más allá³³. Romero pensaba con firmeza que la hora que le tocaba vivir en El Salvador era una hora de lucha entre la verdad y la mentira. Lo recordaba en el primer aniversario del asesinato del P. Alfonso Navarro³⁴. Con gran valentía enfrentaba al poder político, económico y militar con la verdad de la represión, de la pobreza y del encubrimiento de la verdad en el país con la injusticia. Ellacuría y sus compañeros hacían lo mismo desde la Universidad (UCA) en sus Cátedras de la Realidad Nacional y en sus investigaciones sobre los refugiados, los derechos humanos violentados y la sociedad salvadoreña y latinoamericana en estado de conflicto. Y todo ello desde la contemplación del pueblo reprimido y violentado como hermano de Jesús en su suerte: "Ustedes son la imagen del Divino

32. Así se lee en Francisco, "Carta Apostólica dirigida al Arzobispo de San Salvador y a los demás obispos del país", *Carta a las Iglesias*, n.º 662, p. 10, San Salvador, Centro Monseñor Romero.

33. Varios autores, *XXX Aniversario P. Rutilio Grande*. "Palabra comprometida con los pobres". San Salvador, Centro Monseñor Romero, UCA, Cuaderno 19, p. 12.

34. Miguel Cavada, ed., *Monseñor Óscar A. Romero. Homilias*. Tomo II, Ciclo A. 27 de noviembre de 1977 - 28 de mayo 1978, San Salvador, UCA Editores, 2005, p. 482.

traspasado”, les dijo Romero a los vecinos de la ciudad de Aguilares, los cuales, tras el asesinato de Rutilio Grande, su párroco, habían sido cercados y reprimidos bárbaramente por el Ejército durante un mes³⁵. Es así como, en la ultrajada iglesia parroquial del mártir Rutilio Grande, Romero, como Jesús, movido por el Espíritu, probaba con su vida que había venido para dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37).

Entre 26 y 35 años después, en El Salvador, Honduras y Guatemala vivimos hoy una fuerza brutal que asesina a los pueblos de estos países a razón a veces de 60 muertos al año por cada cien mil habitantes, y más. Detrás de esta fuerza, están los tráficos prohibidos y la codicia de dinero fácil de no pocos jóvenes y hombres maduros de barrios, agrupados en pandillas. Solo asumiendo hoy este horror como terrible realidad en medio del gran acontecimiento de la convivencia humana, y tratando de denunciarlo y enfrentarlo humanamente, podemos también asumir con fe esperanzada que el amor hasta dar la vida por los amigos es la fuerza profunda que en el corazón de los mártires atestigua su autoridad, la autoridad de los mártires que el Espíritu Santo, el Abogado Defensor, proclama en su juicio contra esa cara perversa del mundo que nos acosa.

35. Miguel Cavada, ed., *Monseñor Óscar A. Romero. Homilias*. Tomo I, Ciclo C, 14 de marzo 1977–25 de noviembre 1977, San Salvador, UCA Editores, 2005, pp. 149-150.